

TEMPERAMENTO Y CRIANZA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA PERSONALIDAD. CONDUCTA AGRESIVA, INESTABILIDAD Y PROSOCLABILIDAD.

EFFECT OF TEMPERAMENT AND UPBRINGING IN PERSONALITY, AGGRESSIVE BEHAVIOUR, INSTABILITY AND PROSOCIAL BEHAVIOUR.

M^a VICENTA MESTRE*, ANA M^a TUR* Y M^a VICTORIA DEL BARRIO**

Recibido 8-9-03

Aceptado 2-11-03

Resumen

La investigación realizada persigue un doble objetivo. El primero se dirige a estudiar la relación que se establece entre la estructura de la personalidad del adolescente y la manifestación de la agresión, de la inestabilidad emocional y de la conducta prosocial. El segundo objetivo pretende analizar del peso que muestran los hábitos de crianza en la emisión de las conductas agresivas, inestables y prosociales.

La muestra está constituida por 531 adolescentes, chicos y chicas de edades comprendidas entre los 12 y los 16 años, escolarizados en Centros Públicos y Concertados, que cursan la Etapa Educativa de la Educación Secundaria Obligatoria. En atención al procedimiento aleatorio, la muestra se ha recogido de las tres provincias de la Comunidad Valenciana.

Los análisis estadísticos constatan la relación entre la estructura de la personalidad, basada en la teoría de los *Cinco Grandes (Big Five)* y la agresión, la inestabilidad emocional y la prosocialidad. Resalta la presencia de la dimensión estructural de la personalidad y, en especial, de los factores de *Amistad, Conciencia e Inestabilidad* en la ocurrencia de las conductas agresivas, inestables y prosociales. En la dimensión ambiental, los factores con mayor ascendencia han sido la *Satisfacción por la crianza y la Disciplina*.

Palabras clave

Temperamento. Agresión. Inestabilidad Emocional. Conducta Prosocial. Hábitos de crianza.

Abstract

The objective of this investigation is twofold. First, to study the relationship established between the structure of the teenager's personality and the manifestation of adapted conducts, socially and emotionally (aggression, emotional instability and prosocial behaviour). Second, to analyze the importance of the environmental implicit factors in the upbringing, which are in direct opposition to the above mentioned structural factors of personality in the emission of aggressive, unstable and prosocial behaviour.

The sample was constituted by 531 teenagers, boys and girls, between 12 and 16 years old, who were studying their Secondary Obligatory Education. The sample was gathered from all the three provinces in the Valencian County. Besides, all the school centres and students that participated in this research were picked randomly.

The statistical analyses state that there is a close relationship between the structure of the

* Facultad de Psicología. Departamento de Psicología Básica. Avda. Blasco Ibáñez, 21. 46010. Valencia.

** UNED. Departamento de Psicología de la Personalidad, Evaluación y Tratamientos Psicológicos. Madrid.

personality —based upon the theory of *Big Five*— and aggression, emotional instability and prosocial behavior. This highlights the presence of the structural dimension of personality and, especially, the factors of *Friendship, Conscience and Instability* in the case of aggressive, unstable and prosocial behaviours. As far as the atmosphere and environment that surrounds the pupils are concerned, the factors with higher ancestry were *Satisfaction for upbringing and Discipline*.

Key words

Personality. Aggression. Emotional instability. Prosocial behaviour. Upbringing

Introducción

El proceso de configuración de la personalidad va tomando cuerpo mediante una amalgama de factores constitucionales y ambientales que se apoyan mutuamente e interconexionan entre sí (Hartup y van Liesthouart, 1995).

Las características constitucionales se refieren a rasgos temperamentales que se manifiestan desde edades muy tempranas y mantienen cierta consistencia a través del tiempo y de las situaciones (Plomin, Reiss, Hetherington y Howe, 1994). Por medio de los rasgos temperamentales se designa a los niños como «fáciles o difíciles» (van den Bloom, 1994; Plomin, 1983; Thomas, Chess y Birch, 1968). Los «niños fáciles» se caracterizan por mantener un humor positivo, ser adaptables a los cambios, mantener reacciones de baja intensidad ante estímulos nuevos y estar preparados para este tipo de estímulos. Mientras que los «niños difíciles» muestran mayor propensión a exteriorizar dificultades conductuales o a desarrollarlas con facilidad, como pueden ser las rabietas y las conductas agresivas, que pueden precisar, incluso, de tratamiento (van den Bloom, 1994).

Las diferencias temperamentales entre los individuos se basan, con mucha frecuencia, en factores que apuntan hacia la respuesta emocional, los cambios de humor, el nivel de actividad o la capacidad de adaptabilidad social. Así, aparecen relaciones entre baja sociabilidad y bajos apoyos sociales (Newman, Caspi, Moffit y

Silva, 1997); o entre la inhibición conductual temprana y los trastornos de ansiedad (Bernstein, Brorchardt y Perwien, 1996). Los individuos que puntúan alto en neuroticismo y extraversión tienen mayor disposición a manifestar conductas antisociales (Kirkaldy y Mooshage, 1993). Igualmente, las dificultades temperamentales de los hijos se interconectan con bajos niveles de apoyo familiar (Tubman y Windle, 1995).

En la dimensión ambiental se observa que a través del proceso de internalización de valores, que acompaña a todo individuo en el transcurso de su desarrollo, el niño va absorbiendo criterios y valores, así como la cultura y el orden social, que emana de su entorno próximo-familiar y de las propias sociedades donde crece y se desarrolla. En este proceso, las prácticas de crianza llegan a ocupar un papel fundamental ya que contribuyen a inculcar unos valores y normas, que conducen al niño a ser considerado un adulto socialmente integrado en un futuro próximo (Hoffman, 1970; Grusec y Goodnow, 1994; Grusec, Goodnow y Kuczynski, 2000). De ahí que puede ser interesante llegar a un punto de encuentro entre ambos extremos, las características del ambiente y el temperamento.

Tradicionalmente se ha comprobado que la educación directiva o autorizada, de talante democrático, tiene efectos muy positivos sobre la persona y se la ha considerado superior a otra forma de estilo educativo (Baumrind, 1978, 1989; Maccoby y Martín, 1983). Asentar las bases educativas sobre la disciplina inductiva, estimula a comprender hasta donde se puede llegar y a partir de dónde se están transgrediendo las normas. Además, se asocia a una mayor competencia y madurez moral en el niño (Baumrind, 1989, 1991; Steinberg, Mounts, Lamborn y Dornbusch, 1991).

Con todo, Grusec y Goodnow (1994) comprobaron que las técnicas disciplinarias guiadas por el razonamiento no obtienen resultados tan convincentes como cabría esperar, ni son tan superiores a otras técnicas. Observaron que factores colaterales como el sexo de los padres, la edad o el temperamento del hijo, ejercen una gran influencia sobre el resultado final. Más recientemente, se ha comprobado que el conocimiento de los padres sobre la personalidad del

hijo ayuda a establecer diferentes formas de inculcar la disciplina y, de esta forma, se va asentando la internalización de los valores y el proceso mismo de socialización (Grusec, Goodnow y Kuczyski, 2000). En la misma línea se ha demostrado que factores temperamentales, como la emocionalidad de los hijos, llegan a mediar en la calidad de la expresividad positiva que los padres ofrecen a la prole (Eisenberg, Gershoff, Fabes, Shepard, Cumberland, Losoya, Guthrie y Murphy, 2001; Eisenberg, Zhou, Losoya, Fabes, Shepard, Murphy, Reiser, Guthrie y Cumberland, 2003).

El razonamiento tiene mayor peso cuando va unido al desarrollo de vínculos de calidad afectiva entre padres e hijos y al grado de calor en la relación (Bretherton y Wathers, 1985). Las relaciones que fomentan vínculos cálidos y apoyos entre ambos, progenitores y prole, provocan un caldo de cultivo apropiado y abierto a los mensajes de los padres. Igualmente, la calidad de la relación aumenta la motivación y la capacidad de escucha de los hijos hacia los mensajes parentales y, con ello, potencia el desarrollo social (Bandura, 1986, 1987). Las relaciones de apoyo, además, estimulan el sentido de la eficacia personal y ésta, a su vez, influye en la calidad del funcionamiento afectivo y de la conducta (Bandura, Caprara, Barbaranelli, Gerbino y Pastorelli, 2003).

En el marco de la teoría social-cognitiva se ha demostrado ampliamente la reacción recíproca que produce, de un lado, las acciones de los padres sobre el hijo y, de otro, la importancia que las reacciones del hijo tienen sobre los progenitores. A modo de *feedback*, el sujeto, a la vez que recibe efectos del ambiente, actúa sobre él. Y así, la visión unidireccional de la crianza deja paso a la crianza entendida dentro de un modelo bidireccional, donde crece el protagonismo de las influencias mutuas paterno filiales. La visión de la persona como ser activo que procesa y transforma la información, conduce al principio de que los diferentes modelos educativos impactan de forma variada en la persona y, por tanto, ejercen una influencia heterogénea. La capacidad de influencia de los modelos depende, en gran medida, de la carga emocional que contengan (Bandura, 1977; 1986; 1987). Además, las personas juzgan sus propias acciones en términos de ajuste a estándares o creen-

cias internos, de forma que los cambios se orientan hacia el control interno de la propia conducta (Bandura, 1995; 2002; Bandura, Caprara, Barbaranelli, Gerbino y Pastorelli, 2003).

Por ello, se pone el acento tanto en factores biológicos como en los factores ambientales en el curso de configuración de los procesos cognitivos y afectivos, así como, sobre la autorregulación en el mismo devenir. Paralelamente, da relevancia al rol que desempeñan estos procesos, cognitivos y afectivos, en la modulación de los intercambios entre la persona y la situación (Bandura, Caprara, Barbaranelli, Pastorelli y Regalia, 2001). La interacción social pasa a ser la principal responsable del descubrimiento del significado y valor de los pensamientos, sentimientos y acciones, dado que la internalización de las pautas y valores procede, en gran medida, de las reacciones y evaluaciones que emiten las personas más significativas en la vida del niño (Bandura, 2001, 2002).

De este modo, el proceso de internalización de valores y normas se produce en un contexto donde la interacción de las experiencias sociales de los niños con los padres o con los iguales, va unida a los procesos de construcción activa, de unos y otros, ante las mismas situaciones vividas. El resultado provoca reacciones y respuestas amplias y variadas que dependen de las diversas experiencias. Los estilos educativos adoptados están en función de los aconteceres cotidianos, de la personalidad del niño y de sus reacciones. En este sentido, los padres cuentan con dilatados repertorios de prácticas disciplinarias, que aplican según el temperamento, la conducta y la circunstancia o situación (Darling y Steinberg, 1993; Grusec, Goodnow y Kuczyski, 2000). Las comunicaciones de los padres, a su vez, incitan nuevas construcciones en el hijo, ya que éste procesa la información, la transforma y la interioriza; no se limita a reproducir de forma literal los mensajes o reglas recibidos. Además, en esta espiral de comunicaciones y reacciones bidireccionales intervienen otros factores, como el nivel evolutivo-cognitivo del infante, la madurez de comprensión, la forma en que se emite el mensaje, lo adecuado o inadecuado que sea para su nivel madurativo, e incluso, las propias metas u objetivos que persiguen los niños en el momento concreto (Smetama, 1997).

Método

Esta investigación se dirige a analizar, en primer lugar, las relaciones que se establecen entre la estructura de personalidad del adolescente y los constructos psicológicos de agresividad, conducta prosocial e inestabilidad emocional. Estos tres constructos han sido identificados por Caprara y Pastorelli (1993) centrales en la manifestación de conductas agresivas, a tenor del principio de que la agresión muestra formas variadas que se relacionan con las dimensiones cognitiva y afectiva el individuo. Con respecto a la estructura de la personalidad, ésta se basa en la teoría de los *Cinco Grandes (Big Five)*, que constituyen atributos o unidades básicas de la misma, y que han sido ampliamente validadas en el enfoque lexical (Caprara y Perugini, 1991). Estos factores se refieren a *Energía, Amistad, Conciencia, Estabilidad emocional y Apertura* a la experiencia (Caprara, Barbaranelli y Zimbardo, 1996).

En segundo lugar, se pretende estudiar el peso que ejercen los factores ambientales, centrados en los hábitos de crianza, y los factores estructurales de la personalidad sobre la manifestación de conductas agresivas, de conductas prosociales y de conductas inestables emocionalmente, mediante la realización de diferentes análisis discriminantes. De esta forma se podrá observar cual de los factores mencionados, ambientales o estructurales de la personalidad, tiene mayor presencia en la manifestación de dichas conductas.

Muestra

El trabajo de investigación que nos ocupa se ha realizado sobre una muestra aleatoria de 531 adolescentes, que estudian Educación Secundaria Obligatoria (E.S.O.) en Centros Públicos y Concertados por la Administración Autonómica Valenciana. Cuentan con edades comprendidas entre los 12 y los 15 años. No obstante aparecen 22 sujetos que tienen 16 y 17 años, que se han incluido en el apartado 15 ó más años, dado que esta circunstancia se debe a que han repetido algún curso o nivel educativo a lo largo de su escolaridad, por tanto se encuentran cursando la mencionada Etapa Educativa de la Secundaria Obligatoria (E.S.O.).

Para la recogida aleatoria de la muestra se ha acudido a 8 centros educativos repartidos por diferentes zonas geográficas de las tres provincias de la Comunidad Valenciana. Un equipo de profesionales se desplazó hasta los lugares donde se encuentran los Institutos y Colegios para pasar las pruebas a los escolares. La pasación de los cuestionarios, casi todos dirigidos al alumnado, se realizó en grupos de 25. Éstos estaban vigilados por dos profesionales para seguir de cerca el curso de la cumplimentación. Sin embargo, uno de los cuestionarios, el PCRI-M, iba dirigido a las madres, por lo que se optó por entregárselo a través de los hijos, acompañado de una carta de presentación. A pesar de las reiteradas peticiones, la recogida fue difícil y gran parte de las madres no cumplimentaron el cuestionario. Todo esto provocó una mortandad de cerca del 50%. De ahí que de los 1006 individuos que componían la muestra inicial, ésta quedó en 531 sujetos.

Instrumentos

Emotional Inestability Scale (EI) de Caprara y Pastorelli (1993, 1996). Adaptación española realizada por del Barrio, Moreno y López (2001).

Formado por 20 ítems cerrados con formato de respuesta triple, donde 3 se refiere a 'a menudo'; 2 'a veces' y 1 'nunca'. De ellos, 5 son de control. Sus ítems refieren la conducta del adolescente asociada a la capacidad para contener la impulsividad y la emocionalidad. La suma de las puntuaciones, sin contar los ítems control, da lugar a una puntuación total, que cuanto más elevada es, mayor será el grado de conducta patológica o inestabilidad emocional observada.

El coeficiente alfa de Cronbach aporta una consistencia interna de .82 (Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994). Sobre población española, la fiabilidad obtenida a través del mismo estadístico, alpha de Cronbach, ha resultado de .67 (Mestre, Samper y Frías, 2002). En este caso ha alcanzado el .71.

Physical and Verbal Aggression Scale (A.F.V) de Caprara y Pastorelli (1993, 1996). Adaptación española de del Barrio, Moreno y López (2001).

La prueba configurada de forma semejante a la anterior, consta de 20 ítems con formato de respuesta triple, de los que 5 son de control. El objetivo es mostrar la conducta del niño dirigida a herir a los demás, bien física bien verbalmente, como por ejemplo «Tengo ganas de pegar» o «Insulto a los compañeros». La consistencia interna de la prueba, mostrada mediante el índice de fiabilidad de Cronbach, alcanza un alfa de .86 (Caprara y Pastorelli, 1993; Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994). En población española, la fiabilidad obtenida por medio del mismo estadístico ha sido de .74 (Mestre, Samper y Frías, 2002). En esta investigación se han obtenido resultados semejantes al alcanzar el .73.

Prosocial Behavior Scale (C.P) de Caprara y Pastorelli (1989, 1993). Adaptación española de del Barrio, Moreno y López (2001).

Escala de valoración formada por 15 ítems que, al igual que los anteriores, contiene un formato de respuesta de 3 alternativas. De ellos, cinco son de control a fin de evitar respuestas en bloque. Los ítems de esta prueba se dirigen a describir conductas altruistas, de confianza y de conformidad (Caprara y Pastorelli, 1993). El índice de fiabilidad del cuestionario sobre población italiana, y medida a través del alfa de Cronbach, se sitúa por encima del .80 para los autoinformes (Caprara y Pastorelli, 1989, 1993; Caprara, Pastorelli y Bandura, 1995). En esta investigación se ha obtenido un alfa de .65. Este resultado es semejante al alcanzado en otras investigaciones realizadas sobre población española con un alfa de .60 (Mestre, Samper, Tur y Díez, 2001; Mestre, Samper y Frías, 2002).

El orden de pasación de las escalas siguiendo las recomendaciones de sus autores, fue: *Inestabilidad Emocional*, *Conducta prosocial* y *Agresividad física y verbal* (Caprara, Pastorelli y Weiner, 1994).

Big Five Questionnaire (BFQ) de Caprara, Barbanelli, Borgogni y Perugini (1993; 1994). Adaptación española realizada por Carrasco (2001).

A través de 65 ítems, evalúa los factores que intervienen en la estructura de la personalidad basada sobre la teoría de los Cinco Grandes (*Big Five*). Estos factores se refieren a *Energía*,

Amistad, *Conciencia*, *Estabilidad Emocional* y *Apertura a la experiencia*.

Se presenta mediante una escala tipo likert con formato de respuesta de 5 alternativas, donde la puntuación *cero* indica 'casi siempre'; 1 corresponde a 'muchas veces'; 2 'algunas veces'; 3 'pocas veces' y, finalmente, 4 traduce la contestación de 'casi nunca'. Los ítems están expresados en forma positiva y negativa con la finalidad de controlar la respuesta.

Las características psicométricas del cuestionario, aportadas mediante el alfa de Cronbach, fluctúan entre .74 y .90 para cada uno de los factores. Analizados de forma independiente, los autores del cuestionario han obtenido una fiabilidad de .74 para el factor *Amistad*; .76 para *Apertura*; .81 para los factores de *Energía* y de *Conciencia* y, finalmente, .90 para *Estabilidad Emocional* (Caprara y Zimbardo, 1996). En población española, Carrasco (2001) obtuvo una fiabilidad de .87 por medio del mismo estadístico. Al analizar los diferentes factores de manera independiente, la fiabilidad oscila entre .61 para el factor *Amistad* y .87 para *Conciencia*. En medio se encuentran *Energía* y *Estabilidad Emocional* con .77 cada uno y *Apertura* con .82 (Carrasco, 2001). En este estudio, el coeficiente de fiabilidad, obtenido mediante el alfa de Cronbach, alcanza resultados satisfactorios igualmente. Apunta entre .65 para el factor *Amistad* a .83 en *Conciencia* y *Apertura*. *Energía* y *Estabilidad Emocional* obtienen .79 y .82, respectivamente.

Parent-Child Relationship Inventory (PCRI-M) (Gerard, 1994) (Adaptación española, Roa y del Barrio, 2001).

Este cuestionario valora las actitudes de la madre hacia la crianza y hacia los mismos hijos. Está constituido por 78 ítems. De ellos 56 son directos y 26 inversos. Los ítems directos se formulan en base a las dificultades percibidas acerca de la crianza; mientras que los inversos se refieren a la percepción positiva de la madre sobre la misma. Comprende 8 escalas: *Apoyo*, *Satisfacción por la crianza*, *Compromiso*, *Comunicación*, *Autonomía*, *Disciplina*, *Distribución de Rol* y *Deseabilidad Social*.

El formato de respuesta está constituido por cuatro alternativas presentadas en una escala

de frecuencias, que difiere según los ítems sean directos o inversos. Para los ítems directos 1 se refiere a «En total desacuerdo»; 2 «En desacuerdo»; 3 «De acuerdo» y 4 «Muy de acuerdo». En los ítems inversos la puntuación es opuesta.

El cuestionario, que puede aplicarse a población clínica y a población general, identifica áreas concretas de dificultad entre padres e hijos, que pueden ser causa de problemas, a la vez que proporciona un marco de calidad entre las relaciones. Aunque se puede pasar a padres o a madres, en nuestro caso se ha aplicado a las madres, proporcionándoles el cuestionario a través de los hijos, con excepción de dos casos, en los que el fallecimiento de la madre ha provocado que lo contesten los padres, que son quienes se responsabilizan de la crianza del hijo. El tiempo de aplicación se encuentra en torno a los 15 minutos. Las puntuaciones altas indican una buena actitud hacia la crianza, mientras que las puntuaciones bajas señalan un pobre conocimiento y una actitud negativa hacia la misma.

Resultados

En primer lugar se procede a analizar la relación que se establece entre los factores estructurales de la personalidad de *Amistad, Apertura, Conciencia, Energía e Inestabilidad (Big Five)* y los constructos psicológicos de *Agresividad Física y Verbal, Conducta Prosocial e Inestabilidad Emocional*. Estos tres constructos psicológicos han sido identificados por Caprara y Pastorelli (1993) centrales en el mantenimiento de conductas agresivas, ya que se parte el principio de que la manifestación de las mismas implica atender a los mecanismos básicos que las regulan. Las conductas mordaces guardan relación con la dimensión afectiva y cognitiva del individuo. De ahí que enlacen, también, con el grado de autocontrol que llegan a ejercer las personas. La tabla 1 plasma los resultados correlacionales obtenidos entre ambos extremos. En ella se observan relaciones significativas estadísticamente, positivas o negativas, en casi todos los factores mencionados, a excepción de *Energía*, que únicamente mantiene relaciones significativas estadísticamente con la *Conducta Prosocial*. En este último caso con signo positivo.

Tabla 1: Correlaciones significativas entre la estructura de personalidad del adolescente y la agresividad física y verbal, la conducta prosocial y la inestabilidad emocional.

	FACTORES BFQ				
	<i>Amistad</i>	<i>Apertura</i>	<i>Conciencia</i>	<i>Energía</i>	<i>Inestabilidad</i>
IE	-.274**	.176**	-.294**	ns	.393**
CP	.610**	.244**	.230**	.367**	-.118**
AFV	-.297**	.157**	-.271**	ns	.286**

Nivel de significatividad **0,01

Los datos psicométricos, aportados por el autor, muestran un coeficiente alfa de Cronbach entre .70 y .88. La fiabilidad test-retest alcanza el .68 y .93. En población española, la fiabilidad oscila entre .48 y .68 (Roa y del Barrio, 2001). En este estudio la consistencia interna del instrumento, confirmada a partir del mismo estadístico va desde .52 a .70 para las diferentes escalas del cuestionario.

Al analizar cada uno de los aspectos psicológicos se constata, en primer término, que la *Agresividad Física y Verbal* correlaciona positivamente con *Apertura* ($r = .157, p < 0.01$) y con *Inestabilidad Emocional* ($r = .286, p < 0.01$) y negativamente con los factores de *Amistad* ($r = -.297, p < 0.01$) y *Conciencia* ($r = -.271, p < 0.01$). En segundo lugar, la *Conducta Prosocial* muestra una situación peculiar al obtener correlaciones significativas positivas con todos los factores excepto con *Inestabilidad*, que es negativa ($r = -$

.118, $p < 0.01$). Por último, el constructo psicológico de Inestabilidad Emocional obtiene una relación significativa positiva con los factores de *Apertura* ($r = .176$, $p < 0.01$) e *Inestabilidad* ($r = .393$, $p < 0.01$) y negativa con *Amistad* ($r = -.274$, $p < 0.01$) y *Conciencia* ($r = -.294$, $p < 0.01$) (Tabla 1). Estos resultados contribuyen a observar la relación que se establece entre la estructura de la personalidad y el desarrollo de la *Agresión*, de la *Inestabilidad Emocional* y de la *prosocialidad*.

Los factores de *Amistad* y *Conciencia* interactúan con la estabilidad emocional y el control de las emociones y de los impulsos. Ambos factores, que evalúan la capacidad del sujeto de colocarse en el lugar de los otros y de mostrar interés por el bien ajeno (*Amistad*), así como la facultad de autorregulación y organización de la propia conducta (*Conciencia*), se relacionan, pues, con la estabilidad emocional y con la capacidad de controlar emociones e impulsos. Igualmente, estimulan la conducta prosocial y altruista.

Como puede verse en la tabla 1, la *Conducta Prosocial* mantiene una relación estadísticamente significativa con los Cinco Grandes (*Big Five*). Con los factores de *Amistad* y *Energía* la conexión es directa y bastante elevada (.610 y .367, respectivamente; $p < 0.01$). Ambos evalúan el amplio espectro de las relaciones interpersonales ya que, en el primer caso, se atiende a la calidad de la relación (McCrae y Costa, 1987) y, en el segundo, a la cantidad de las interacciones sociales. Éste último comprende aquellas características definidas como *extraversión* o *surgecy* (McCrae y Costa, 1987).

Además, la *Conducta Prosocial* correlaciona con *Conciencia* ($r = .230$, $p < 0.01$), la cual evalúa, como se ha dicho, la facultad de autorregulación de la propia conducta, así como su organización y perseverancia hasta conseguir las metas propuestas (Digman, 1990). Igualmente se relaciona con la necesidad de abrirse a nuevas experiencias, ser tolerante con los valores y estilos de vida (*Apertura*). Sin embargo, establece conexiones negativas con el factor de *Inestabilidad* como factor estructural (*Big Five*) ($r = -.118$; $p < 0.01$).

Con respecto al constructo psicológico de *Inestabilidad Emocional* sobresale, de un lado, la relación directa y positiva que sostiene con

Apertura ($r = .176$; $p < 0.01$) y con *Inestabilidad o desajuste emocional* ($r = .393$; $p < 0.01$), evaluados por el *Big Five Questionnaire* (Caprara, Barbanelli, Borgogni y Perugini, 1993; 1994). De otro, resalta la relación negativa que mantiene con los factores de *Amistad* ($r = -.274$; $p < 0.01$) y *Conciencia* ($r = -.294$; $p < 0.01$) del mismo cuestionario. Esta correlación negativa se produce, igualmente entre la *Conducta Prosocial* y el factor estructural de *Inestabilidad* ($r = -.118$; $p < 0.01$) (Tabla 1). Todo ello es indicador de la importancia que puede llegar a tener la capacidad de autorregular la propia conducta, junto a la facultad de salir de uno mismo para colocarse en el lugar de los otros. Ambos factores ayudan al sujeto y lo preservan de desajustes emocionales, según los resultados obtenidos.

Por lo que se refiere a la *Conducta Prosocial* se observan relaciones directas y positivas con *Amistad* ($r = .610$; $p < 0.01$), *Apertura* ($r = .244$; $p < 0.01$), *Conciencia* ($r = .230$; $p < 0.01$), y *Energía* ($r = .367$; $p < 0.01$). Sin embargo, interactúa negativamente con *Inestabilidad Emocional*, como se ha mencionado (Tabla 1).

A continuación, se han realizado tres análisis discriminantes con el objetivo de conocer las variables que más peso tienen en la *conducta prosocial*, la *agresividad física y verbal* y la *inestabilidad emocional*. Las variables a las que se hace referencia se han tomado tanto a la dimensión estructural de la personalidad como a la dimensión ambiental.

De este modo, las variables independientes métricas, que en los tres análisis han permanecido constantes, han sido constituidas por los cinco factores del *Big Five Questionnaire (BFQ)* —*Energía*, *Amistad*, *Conciencia*, *Inestabilidad* y *Apertura*—, y por los factores del *Parent-Child Relationship Inventory (PCRI-M)* de Gerard (1994) que mostraban mayores índices correlacionales, a saber, por las subescalas de *Apoyo*, *Satisfacción*, *Disciplina* y *Autonomía*. Se han descartado las subescalas del PCRI-M de *Compromiso*, *Comunicación*, *Distribución de rol* y *Deseabilidad social* por razones operativas, dado que éstas últimas variables mantienen menores índices correlacionales. Por el contrario, las variables dependientes han sido específicas y diferentes para cada uno de los tres análisis discriminantes. En uno ha actuado como variable dependiente la *Conducta Prosocial*, a

Tabla 2: Análisis discriminante «paso a paso» (lambda de Wilks) en función de la condición de menor o mayor agresividad física y verbal evaluada mediante el Physical and Verbal Aggression Scale (AFV) de Caprara y Pastorelli (1993, 1996).

Función	Autovalor	% Varianza	% Acumulado	Correlación Canónica	Contraste de las funciones	Lambda Wilks	Chi-2	Gi	P
1	.471	.100	100	.668	1	.680	80.4016	5	.000

partir de los resultados obtenidos a través del *Prosocial Behavior Scale (CP)* de Caprara y Pastorelli (1993, 1996); en otro la *Agresividad Física y Verbal*, evaluada mediante el *Physical and Verbal Aggression Scale (AFV)* de Caprara y Pastorelli (1993, 1996); y en el tercero la *Inestabilidad Emocional*, obtenida por medio del *Emotional Instability Scale (IE)* de Caprara y Pastorelli (1993, 1996).

El procedimiento seguido ha sido el mismo en los tres análisis discriminantes. En primer lugar, se ha buscado aislar las puntuaciones alejadas una desviación típica por encima y por debajo de la media. Todo ello con una doble finalidad. De una parte, conocer las variables que más discriminan entre los sujetos que tienen una *puntuación menor de agresividad física y verbal* (la media menos una desviación típica) y una *puntuación mayor de conducta agresiva* (la media más una desviación típica). Y de otra, aislar la función discriminante que explique las diferencias detectadas entre los dos grupos de *conducta agresiva*, formada con el criterio de mayor-menor puntuación en el cuestionario *Physical and Verbal Aggression Scale (AFV)* de Caprara y Pastorelli (1993, 1996). Lo mismo se ha realizado con las variables *Inestabilidad Emocional* y *Conducta Prosocial*. En estos últimos casos con los cuestionarios *Emotional Instability Scale (IE)* y *Prosocial Behavior Scale (CP)*, ambos de Caprara y Pastorelli (1993, 1996).

Mediante este procedimiento se persigue optimizar la predicción con el menor número de variables. Para ello, se ha recurrido a la técnica del análisis discriminante en Modo Análisis, puesto que el objetivo es estudiar la situación de las variables predictoras, es decir, el efecto de la carga hereditaria frente a la influencia ambiental en relación con la personalidad del sujeto, en su dimensión, en este caso, de agresividad física y verbal y, a su vez, en las condiciones de alta y baja agresión (la

media más una desviación típica; la media menos una desviación típica).

Los resultados del análisis discriminante «paso a paso» señalan que la función discriminante obtenida es estadísticamente significativa para diferenciar a los dos grupos de agresividad física y verbal, el grupo bajo está constituido por 113 sujetos y el grupo alto por 100 adolescentes. La correlación canónica se sitúa en .668, a nivel de significación .000, lo que indica que la dispersión entre ambas se debe a las diferencias entre los grupos y, por tanto, la función discrimina bastante (Tabla 2).

El análisis reduce a cinco las variables que poseen suficiente fuerza para discriminar en el criterio de menor y mayor manifestación de agresión. Estas variables son, por una parte, *Amistad*, *Inestabilidad*, *Conciencia* y *Energía* —factores del *Big Five Questionnaire* de Caprara, Barbanelli, Borgogni y Perugini (1993; 1994)— y, por otra, *Satisfacción por la crianza*, que es una subescala del *Parent-Child Relationship Inventory* (Gerard, 1994) (Tabla 3). Unas corresponden al ámbito de la estructura de la personalidad, caso de *Amistad*,

Tabla 3. Agresividad física y verbal: saturaciones de las variables independientes en la función discriminante.

Variables independientes		Función I
Cuestionario	Factores	
BFQ	Amistad	-.605
	Inestabilidad	.564
	Conciencia	-.544
	Energía	.044
	Apertura ^(a)	-.276
PCRI-M	Satisfacción	.228
	Apoyo ^(a)	.193
	Disciplina ^(a)	.237
	Autonomía ^(a)	.098

^(a) Esta variable no se emplea en el análisis

Tabla 4: Análisis discriminante «paso a paso» (lambda de Wilks) en función de la condición de menor o mayor *inestabilidad emocional* evaluada mediante el Emotional Inestability Scale (IE) de Caprara y Pastorelli (1993, 1996).

Función	Autovalor	% Varianza	% Acumulado	Correlación Canónica	Contraste de las funciones	Lambda Wilks	Chi-2	Gi	P
1	.448	100	100	.556	1	.691	75.723	5	.000

Inestabilidad, Conciencia y Energía, mientras que *Satisfacción por la crianza* pertenece a la dimensión ambiental, observada a partir de los hábitos de crianza o estilos educativos.

Los coeficientes de estructura representan los coeficientes de correlación de las puntuaciones de cada variable independiente con la función discriminante. La Tabla 3 permite constatar que, del total de variables que el análisis discriminante ha precisado seleccionar para llevar a cabo su función, la mayor contribución a la misma y, por consiguiente, con mayor poder discriminador con las categorías *alta y baja conducta agresiva*, corresponde a la variable *Amistad*, con el -.605, que junto a *Conciencia*, con -.544, obtienen un elevado peso discriminador, las dos con carga negativa. Esto es indicador de la elevada asociación inversa que se produce entre ambos extremos, es decir, las variables independientes *Amistad y Conciencia* y la función discriminante. Las dos constituyen variables que inhiben la agresión.

La otra variable fuertemente discriminadora es *Inestabilidad*. En este caso de tendencia positiva (.564). Y con menor poder discriminador se encuentra *Energía* con .044. Cabe resaltar pues, de un lado, el papel que juega la inestabilidad emocional en la exteriorización de la agresión y, de otro, la conexión entre la facultad del sujeto de desarrollar conductas de cooperación y altruismo, unido a la capacidad de regular su propia conducta, organizarla y dirigirla a metas, como factores que potencian o inhiben la agresión. Por último y en menor medida, se observa el poder discriminador de la variable *Satisfacción por la crianza* (0.228), subescala del *Parent-Child Relationship Inventory (PCRI-M)* (Gerard, 1994). Esta subescala que evalúa la cantidad de placer y satisfacción que se percibe por ser madre contiene algún poder discriminador y correlaciona con la agresión de forma positiva.

En cuanto a la *Inestabilidad emocional* los resultados del análisis discriminante plasman una situación similar. La técnica de análisis discriminante «paso a paso» obtiene relaciones significativas de la función discriminante para diferenciar los dos grupos de *Inestabilidad emocional*, el *grupo alto* —media más una desviación típica—, y el *grupo bajo* —media menos una desviación típica—. La correlación canónica alcanza el .556 ($p=.000$), lo que indica que la dispersión se debe a las diferencias entre los grupos, por lo que la función discrimina bastante. (Tabla 4).

El análisis reduce a cinco las variables que poseen suficiente fuerza para discriminar en el criterio de menor y mayor *Inestabilidad emocional*. Estas variables se refieren a *Inestabilidad, Conciencia, Amistad y Energía*, variables de la estructura de la personalidad, y *Disciplina*, variable implícita en la crianza (Tabla 5).

De nuevo aparecen, de un lado, las variables *Inestabilidad y Energía*, la primera de ellas fuertemente discriminadora, manteniendo relaciones directas y positivas con el constructo psico-

Tabla 5. Inestabilidad emocional: saturaciones de las variables independientes en la función discriminante.

Variables independientes		Función I
Cuestionario	Factores	
BFQ	Inestabilidad	.762
	Conciencia	-.433
	Amistad	-.397
	Energía	.170
	Apertura ^(a)	-.216
PCRI-M	Disciplina	.386
	Satisfacción ^(a)	.138
	Apoyo ^(a)	.241
	Autonomía ^(a)	.140

^(a) Esta variable no se emplea en el análisis

Tabla 6: Análisis discriminante «paso a paso» (lambda de Wilks) en función de la condición de menor o mayor *conducta prosocial* evaluada mediante el Prosocial Behaviour Scale (CP) de Caprara y Pastorelli (1993, 1996).

Función	Autovalor	% Varianza	% Acumulado	Correlación Canónica	Contraste de las funciones	Lambda Wilks	Chi-2	Gi	P
1	.977	100.0	100.0	.703	1	.506	147.599	5	.000

lógico *inestabilidad emocional*. De otro, las variables de *Conciencia* y *Amistad*, con tendencia negativa y gran poder discriminador. Todos ellos factores del *Big Five*. Y, por último, la variable *Disciplina* (factor del PCRI-M), con carga positiva.

Todo ello corrobora los resultados anteriormente expuestos. La capacidad del sujeto de salir de sí mismo y de ponerse en el lugar de los otros, de mantener conductas altruistas, unido a la capacidad de autocontrol y autorregulación de la propia conducta constituyen un salvaconducto frente a la manifestación de conductas mordaces. Ambos factores estructurales de la personalidad, *Amistad* y *Conciencia*, pueden ser importantes para desarrollar conductas equilibradas que faciliten la instalación emocional y social del individuo.

En tercer y último lugar, se halla el análisis discriminante en el que ha actuado como variable dependiente la *Conducta Prosocial*, evaluada a través del *Prosocial Behavior Scale (CP)* de Caprara y Pastorelli (1993, 1996). Éste ha obtenido una correlación canónica de .703 ($p = .000$), lo que es indicador de que la función discrimina bastante, puesto que la dispersión entre los grupos, *alto* y *bajo*, se debe a la diferencia entre ambos (Tabla 6).

Al igual que en los discriminantes anteriores, el análisis reduce a cinco las variables que poseen suficiente fuerza discriminadora en el criterio de mayor y menor manifestación de conducta prosocial. En este caso las variables se refieren a *Amistad*, *Conciencia* e *Inestabilidad*, en cuanto a la dimensión de la estructura de la personalidad —BFQ—. Y *Satisfacción por la crianza* y *Disciplina* en cuanto a la dimensión ambiental, PCRI-M (Tabla 7).

A modo de colofón, puede observarse la presencia de las variables *Amistad*, *Conciencia* e *Inestabilidad* con fuerte poder discriminador,

Tabla 7. Conducta Prosocial: saturaciones de las variables independientes en la función discriminante.

Cuestionario	Variables independientes		Función I
	Cuestionario	Factores	
BFQ		Amistad	.907
		Inestabilidad	.399
		Conciencia	.373
		Energía	.311
		Apertura ^(a)	-.194
PCRI-M		Satisfacción	-.198
		Apoyo ^(a)	-.080
		Disciplina ^(a)	-.055
		Autonomía ^(a)	-.002 ¹

^(a) Esta variable no se emplea en el análisis

las cuales están apoyadas por las variables *Satisfacción por la crianza* y *Disciplina* (factores del PCRI-M), que, igualmente y, aunque con menor poder, se manifiestan variables discriminadoras.

El factor *Amistad* alude a las cualidades de la interacción y al mantenimiento de las relaciones sociales. Comprende tanto la cooperación o empatía referida a la capacidad de mostrar sensibilidad hacia otros, como tendencia a atribuir intenciones benévolas a los demás y ser agradables con ellos. Reseña, pues, el nivel afectivo y el cognitivo de la empatía (Mestre, Pérez-Delgado, Frías y Samper, 1999).

El otro factor, *Conciencia*, se refiere a la autorregulación de la propia conducta, a la capacidad para organizarla y a la persistencia

para alcanzar los objetivos que el sujeto se propone, así como la motivación que se precisa para ser tenaz y no abandonar hasta obtenerlos. *Inestabilidad*, por su parte, comprende el control de las emociones y de los impulsos, abarca, pues, la capacidad de control de la ansiedad o el estrés y, también, el control de los impulsos como la irritabilidad o la ira, frente a las demandas del entorno familiar y social. Todo ello, contribuye a que las relaciones e interacciones sociales sean más positivas.

Conclusiones

Los resultados obtenidos en los diferentes análisis estadísticos realizados contribuyen a considerar el papel que juega la estructura de la personalidad en el desarrollo de las conductas *agresivas, inestables emocionalmente y prosociales*. Se ha demostrado ampliamente la fuerte presencia de la dimensión estructural de la personalidad en la emisión de estas conductas al quedar reflejada, de manera persistente, la relación en los diferentes análisis estadísticos llevados a cabo. Y ello puede verse tanto en cuanto a los índices elevados de relación, como a la cantidad de variables que han demostrado poder discriminador.

En la dimensión ambiental, estudiada a través de los hábitos de crianza, las subescalas de *Disciplina y Satisfacción por la crianza* son los factores que más se relacionan con el ajuste emocional y social. En este sentido, se corrobora la importancia de asentar la educación de los hijos sobre criterios disciplinarios sólidos y consistentes basados en el afecto y el diálogo mutuo. La imposición de reglas disciplinarias puede afectar negativamente en la inestabilidad emocional manifiesta. El fomento del diálogo y la búsqueda de acuerdos son buenos predictores de conductas estables emocionalmente.

Con todo, los resultados traen a colación la fuerza de la estructura de la personalidad en los constructos psicológicos de *Agresión, Inestabilidad emocional y prosocialidad*, identificados por Caprara y Pastorelli (1993) como generadores de agresión. Los factores de *Amistad, Inestabilidad y Conciencia* obtienen mayor poder discriminador en los tres constructos analizados.

El factor *Amistad* muestra una fuerte relación positiva con la *Conducta prosocial* y sostiene una relación negativa con la *Agresividad física y verbal* y con la *Inestabilidad emocional*. Semejante situación mantiene el factor *Conciencia* con los constructos psicológicos mencionados, al obtener conexiones positivas con la *Conducta Prosocial* y negativas con la *Agresividad física y verbal* y la *Inestabilidad emocional*. Todo esto es indicador de que la capacidad para mantener buenas relaciones con el entorno, salir de uno mismo para colocarse en el lugar de los otros y mostrar interés por el bien ajeno inhibirá la agresión, a la vez que facilitará la estabilidad emocional y la prosocialidad. Dicha capacidad de salir de uno mismo y saber abstraer de las situaciones las intenciones de otras personas implica razonamiento. Nos encontramos, pues, no sólo en el nivel afectivo que está presente en las relaciones interpersonales, sino también en el cognitivo. Por ello se tiene en consideración el nivel afectivo y el cognitivo de la empatía, tal como apunta Hoffman (1975) (Mestre, Pérez-Delgado, Frías y Samper, 1999).

Paralelamente, el factor *Conciencia*, que comprende la autorregulación de la propia conducta e implica la capacidad de perseverar y de auto-organizarla, en base a la autoconfianza y autoconocimiento, estimula mecanismos de regulación que van organizando de forma progresiva la manera de comportarnos, al tiempo que el organismo se desarrolla (Bandura, 1999) y que están presentes en las situaciones y reacciones del individuo en el medio (Bandura, Caprara, Barbaranelli, Gerbino y Pastorelli, 2003). En este sentido, nos encontramos en la línea de la teoría social cognitiva de Bandura; Caprara y colaboradores al considerar a la persona como un ser activo que procesa y transforma la información (Bandura, 2002; Bandura, Caprara, Barbaranelli, Pastorelli y Regalia, 2001). El niño interioriza los mensajes que recibe según una serie de factores que le influyen íntimamente, como pueden ser las comunicaciones de las personas más allegadas, la capacidad cognitiva, el momento evolutivo en el que se encuentre o su propia capacidad de comprensión (Smetama, 1997).

Con referencia a la *Estabilidad emocional* es conveniente resaltar la relación negativa que

sostiene con los mencionados factores estructurales de *Amistad y Conciencia*, unido a la relación positiva con *Apertura*. Igualmente se comprueba que tiene poder discriminador respecto a la *agresión* y a la *inestabilidad emocional*. Se considera a la *inestabilidad emocional* un factor que propicia la facultad de mostrar vulnerabilidad e inadaptación. La irritabilidad y a la inestabilidad emocional, que reflejan las tendencias del sujeto a percibir los acontecimientos en su vertiente negativa, propenden la frustración y, al tiempo, potencian la exteriorización de reacciones emocionales exageradas, acompañadas de falta de control. Ambas dimensiones, la irritabilidad y la susceptibilidad emocional, explican la magnitud de la agresión impulsiva o reactiva en las interacciones sociales (Berkowitz, 1974; Caprara, Gargaro, Pastorelli, Prezza, Renzi y Zelli, 1987; Caprara y Pastorelli, 1993; Caprara, Barbaranelli y Zimbrado, 1996).

En este sentido, la calidad de las relaciones sociales ayuda a mantener conductas empáticas con los demás. Paralelamente, la capacidad de autorregular el propio comportamiento facilita el desarrollo de conductas estables emocionalmente y conductas prosociales. A la vez, puede afectar a la agresión, inhibiéndola. Resultados semejantes obtienen Mestre, Samper y Frías (2002) y están en la línea de las investigaciones desarrolladas por Bandura (Bandura, 1999; 2001; Bandura, Caprara, Barbaranelli, Gerbino y Pastorelli, 2003); Caprara y col. (Caprara, Pastorelli, 1993, 1996; Caprara, Pastorelli y Bandura, 1995; Caprara, Regalia y Bandura, 2002); y Eisenberg y col. (Eisenberg, 2000; Eisenberg, Fabes, Guthrie y Reiser, 2000; Eisenberg et al., 2001; Eisenberg et al., 2003). Mediante un proceso de *feedback* el adolescente recibe mensajes del ambiente y, a la vez, llega a actuar sobre él. Los padres no se limitan a exigir lo que se tiene que hacer sino que adaptan las demandas y los estilos educativos a la personalidad y al temperamento del hijo (Grusec, Goodnow y Kuczynski, 2000).

Referencias bibliográficas

- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1987). El juicio moral. En A. Bandura (ed.) *Pensamiento y acción*, 512-523. Barcelona: Martínez Roca.
- Bandura, A. (1995). *Self-efficacy in changing societies*. New York: Cambridge University Press.
- Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3, 193-209.
- Bandura, A. (2001). Social cognitive theory: an agentic perspective. *Annual review of psychology*, 52, 1-26. Palo Alto, CA: Annual Reviews.
- Bandura, A. (2002). Social cognitive theory in cultural context. *Journal of Applied Psychology: An International Review*, 51, 269-290.
- Bandura, A., Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Gerbino, M. y Pastorelli, C. (2003). Role of affective self-regulatory efficacy in diverse spheres of Psychosocial functioning. *Child Development*, 74, 769-782.
- Bandura, A., Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Pastorelli, C. y Regalia, C. (2001). Sociocognitive self-regulatory mechanisms governing transgressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80, 125-135.
- Baumrind, D. (1978). Parental disciplinary patterns and social competence in children. *Youth and Society*, 9, 239-276.
- Baumrind, D. (1989). Rearing competent children. En W. Damon (ed), *Child Development today and tomorrow*, 349-378. San Francisco: Jossey-Bass.
- Baumrind, D. (1991). The influence of parenting style on adolescent competence and substance use. *Journal of Early Adolescence*, 11, 56-95.
- Berkowitz, L. (1974). *Aggression: its causes, consequences and control*. McGraw-Hill, New York.
- Bernstein, G.A., Borchardt, C.M. y Perwien, A.R. (1996). Anxiety disorders in children and adolescents: a review of the past 10 years. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 35, 1110-1119.
- Bretherton, I. y Waters, A. (1985). Growing points attachment theory and research. *Monographs of the Society for Research in child development*, 50 (serie n.º 29). Chicago: University of Chicago Press.
- Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Borgogni, L. y Perugini, M. (1993). The Big Five Questionnaire: a new questionnaire for the measurement of the Five Factor Model. *Personality and Individual Differences*, 15, 281-288.
- Caprara, G.V., Barbaranelli, C., Borgogni, L. y Perugini, M. (1994). Cinque fattori e dieci sotto-dimensioni per la descrizione della personalità. *Giornale Italiano di Psicologia*, 21, 77-97.
- Caprara, G.V., Barbaranelli, C. y Zimbardo, P.G. (1996). Understanding the complexity of human aggression: affective, cognitive and social

- dimensions of individual differences in propensity towards aggression. *European Journal of Personality*, 10, 133-155.
- Caprara, G.V., Gargaro, T., Pastorelli, C., Prezza, M., Renzi, P. y Zelli, A. (1987). Individual differences and measures of aggression in laboratory studies. *Personality and Individual Differences*, 8, 885-893.
- Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1989). Toward a reorientation of research on aggression, *European Journal of Personality*, 3, 121, 138.
- Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1993). Early emotional instability, prosocial behaviour, and aggression: some methodological aspects, *European Journal of Personality*, 7, 19-36.
- Caprara, G.V., Pastorelli, C. y Weiner, B. (1994). At-risk children's causal inferences given emotional feedback and their understanding of the excuse-giving process, *European Journal of Personality*, 8, 31-43.
- Caprara, G.V., Pastorelli, C. y Bandura, A. (1995). La misura del disimpegno morale in età evolutiva. *Età Evolutiva*, 51, 18-29.
- Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1996). Indicadores precoces de la adaptación social. En J. Buendía (ed.): *Psicopatología en niños y adolescentes*. Madrid. Pirámide.
- Caprara, G.V. y Perugini, M. (1991). L'Approccio Psicolessicale e l'emergenza dei Big Five nello studio della Personalità. *Giornale Italiano di Psicologia*, 18 (5), 721-747.
- Caprara, G.V. y Zimbardo, P.G. (1996). Aggregation and amplification of marginal deviations in the social construction of personality and maladjustment. *European Journal of Personality*, 10, 79-110.
- Caprara, G.V., Regalia, C. y Bandura, A. (2002). Longitudinal impact of perceived self-regulatory efficacy on violent conduct. *European Psychologist*, 7, 63-69.
- Carrasco, M.A. (2001). *Estructura de la personalidad y Emociones infantiles*, Tesis doctoral. UNED. Madrid.
- Darling, N. y Steinberg, L. (1993). Parenting style as context: An integrative model. *Psychological Bulletin*, 113, 487-496.
- Del Barrio, M.V., Moreno, C. y López, R. (2001). Evaluación de la agresión e inestabilidad emocional en niños españoles y su relación con la depresión. *Clínica y Salud*, 13, 33-50.
- Eisenberg, N. (2000). Emotion, regulation and moral development. *Annual Review of Psychology*, 51, 665-697.
- Eisenberg, N., Fabes, R.A., Guthrie, I.K. y Reiser (2000). Dispositional emotionality and regulation: their role in predicting quality of social functioning. *Journal Personality and social psychology*, 78, 136-157.
- Eisenberg, N., Gershoff, E.T., Fabes, R.A., Shepard, S.A., Cumberland, A.J., Losoya, S.H., Guthrie, I.K. y Murphy, B.C. (2001). Mother's emotional expressivity and children's behavior problems and social competence: Mediation through children's regulation. *Developmental Psychology*, 37, 475-490.
- Eisenberg, N., Zhou, Q., Losoya, S.H., Fabes, R.A., Shepard, S.A., Murphy, B.C., Reiser, M., Guthrie, I.K. y Cumberland, A. (2003). The relations of parenting, effortful control, and ego control to children's emotional expressivity. *Child Development*, 74, 875-895.
- Gerard, A.B. (1994). *Parent-child relationship inventory*. Western Psychological Services (WPS). Los Angeles, California.
- Grusec, J.E. y Goodnow, J.J. (1994). Impact of parental discipline methods on the child's internalization of values: A reconceptualization of current points of view. *Developmental Psychology*, 30, 4-19.
- Grusec, J.E., Goodnow, J.J. y Kuczynski, L. (2000). New directions in analyses of parenting contributions to children's acquisition of values. *Child Development*, 71, 205-211
- Hartup, W.W. y van Liesthout, C.F.M. (1995). Personality development in social context. *Annual Review of Psychology*, 46, 655-687.
- Hoffman, M.L. (1970). Moral development. En P.H. Mussen (ed). *Carmichael's Manual of Child Psychology*, vol. 2, 261-300. New York: Wiley and Sons.
- Hoffman, M.L. (1975). Moral internalization, parental power, and the nature of parent-child interaction. *Developmental Psychology*, 11, 228-239.
- Hoffman, M.L. (1983). Desarrollo moral y conducta. *Infancia y Aprendizaje, Monografía*, 3, 13-36.
- Kirkaldy, B. y Mooshage, B. (1993). Personality profiles of conduct an emotionally disordered adolescent. *Personality and Individual Differences*, 15, 95-96.
- Maccoby, E.E. y Martin, J.A. (1983). Socialization in the context of the family: Parent child interaction. En E.M. Hetherington (Ed.). *Handbook of child psychology: vol. 4. Socialization, personality and social development* (pp. 1-102). New York: Wiley.
- McCrae, R.R. y Costa, P.T. (1987): Validation of the Five Factor Model of personality across instrument and observers, *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 81-90.
- Mestre, V., Pérez-Delgado, E., Frías, D. y Samper, P. (1999). Instrumentos de evaluación de la empatía. En E. Pérez-Delgado y V. Mestre: *Psicología moral y crecimiento personal*. Barcelona. Ariel.
- Mestre, V., Samper, P. y Frías, D. (2002): Procesos cognitivos y emocionales predictores de la con-

- ducta prosocial y agresiva: la empatía como factor modulador. *Psicothema*, 14, 227-232.
- Mestre, M.V., Samper, P., Tur, A. y Díez, I. (2001). Estilos de crianza y desarrollo prosocial de los hijos. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 54, 691-703.
- Newman, D.L., Caspi, A., Moffit, T.E. y Silva, P.A. (1997). Antecedents of adult interpersonal functioning: effects of individual differences in age 3 temperament. *Developmental Psychology*, 33, 206-217.
- Plomin, R. (1983). Child hood temperament. En B.B. Lahey y A.E. Kazdin (eds). *Advances in Clinical Child Psychology*. New York: Plenum
- Plomin, R., Reiss, D., Hetherington, M. y Howe, G. (1994). Nature and nurture: genetic contributions to measures of the family environment. *Developmental Psychology*, 30, 32-43.
- Roa, M. L. y del Barrio, M.V. (2001). Adaptación del cuestionario de crianza parental (PCRI-M) a población española. *Revista latinoamericana de Psicología*, 33, 329-341
- Smetama, J.C. (1997). Parenting and the development of social knowledge reconceptualized. A social domain analysis. En J.E. Grusec y L. Kuczynski (eds.). *Parenting and children's internalization of values: a handbook of contemporary theory* (pp. 162-192). New York: John Wiley and Sons.
- Steinberg, L., Mounts, N.S., Lamborn, S.D y Dornbusch, S.M. (1991). Authoritative parenting adjustment across varied ecological niches. *Journal of Research on Adolescence*, 1, 19-36.
- Thomas, A., Chess, S. y Birch, H.G. (1968). *Temperament and behavior disorders in children*. New York: New York University Press.
- Tubman, J.G. y Windle, M. (1995). Continuity of difficult temperament in adolescence: relations with depression, life events, family support, and substance use across a oneyear period. *Journal of Youth and adolescence*, 24, 133-153.
- Van den Bloom, D.C. (1994). The influence of temperament and mothering on attachment and exploration: an experimental manipulation of sensitive responsiveness among lower-class mothers with irritable infants. *Child Development*, 65, 1457-1477.